

JAVIER DE VIANA *y sus* *cuentos breves* ★ ★ ★ ★

por ARTURO SERGIO VISCA

POR la variedad de sus personajes, por la riqueza de su anecdotario, por la aguda penetración con que destaca rasgos importantes de la idiosincrasia de los hombres de nuestros campos, la obra de Javier de Viana configura, y a pesar de los innegables altibajos evidentes en sus calidades literarias, uno de los orbes narrativos más interesantes de la literatura nacional. Esa obra, que es, además, una de las más fecundas de nuestras letras, admite una clasificación que la diversifica en dos vertientes: una, la del creador analítico y moroso, que se toma el tiempo y el espacio que un pausado narrar requiere; otra, la del escritor graficista, sintético, casi caricaturista narrativo, que ciñe su tema al brevísimo espacio de cuatro o cinco páginas. La primer vertiente se da especialmente en sus libros iniciales: "Campo" (1896), "Gaucha" (1899) y "Gurí y otras novelas" (1901), libros a los cuales es posible sumar "Crónicas de la revolución del Quebracho" (1891) y "Con divisa blanca" (1904), donde el autor cuenta sus experiencias de revolucionario y que, a pesar de no constituir obras de pura creación imaginativa, se integran con naturalidad a su obra de narrador. La segunda vertiente es la predominante en sus libros posteriores: "Macachines" (1910); "Leña seca" (1911); "Yuyos" (1912); "Cardos", "Abrojos", "Sobre el recado", los tres de 1919; "Ranchos", "Bichitos de luz", "Paisanas" de 1920, y otros más. La crítica literaria, casi

unánimemente, ha coincidido al valorar ambos grupos de obras: mientras le atribuye importancia y excepcionales méritos al primer grupo, considera que el segundo, salvo algún cuento que otro, carece de verdadera significación literaria. "El juicio póstero" — escribe Alberto Zum Felde en su "Proceso intelectual del Uruguay" — "ha de ver en Javier de Viana al autor de "Campo" y "Gurí", colecciones de cuentos y novelas cortas; y hasta cierto punto, de "Gaucha", ensayo de novela. Los tomos titulados "Cardos", "Macachines", "Leña seca", "Yuyos", y otros varios (...) deben ser considerados, en general, de mucho menos valor que los tres antes citados; y — salvo excepciones — descartados al apreciar sus verdaderos méritos de escritor". Y otro crítico, Alberto Lasplacas, afirma que de toda la obra de Viana prefiere "sus dos primeros libros de cuentos, aquellos que sentaron definitivamente la fama literaria de que goza. Hay en ellos más frescura, más juventud, al mismo tiempo que más estudio y menos improvisación". Estos juicios sintetizan la opinión crítica generalizada con respecto a Viana. Sin embargo, los creo sólo parcialmente exactos. Es cierto, sí, que "Campo", "Gaucha", y "Gurí y otras novelas" constituyen las obras en que Viana ha puesto su mayor esfuerzo de escritor: ellos son los que, literariamente, muestran un contenido de mayor ambición. Es cierto, también, que en ellos se dan algunos de los momentos de mayor in-

tensidad narrativa de la obra de su autor. Pero no menos cierto es que hay en los cuentos breves de Javier de Viana calidades literarias que les otorgan una originalísima y auténtica significación dentro del territorio de la narrativa nacional. Esta parte de la obra narrativa de Viana merece, pues, más atención de la que generalmente le han dispensado sus críticos. Es conveniente, por lo tanto, prestarle esa atención que casi siempre le ha sido negada. Para ello es preciso comenzar vinculando esos cuentos breves con el total de la obra de su autor, ya que ellos en realidad están prefigurados en sus otros libros y son, en cierto modo, su consecuencia natural.

En toda la obra de Javier de Viana hay una presencia constante y casi única: el ancho panorama de la vida rural de nuestro país. Los protagonistas de sus obras son el hombre y la mujer de nuestros campos. Pero decir sólo esto es insuficiente para caracterizar, siquiera someramente, a los personajes de la obra de Viana. A través de un largo proceso histórico, el habitante de nuestros campos ha variado sustancialmente. Y este cambio ha tenido su reflejo en la obra de nuestros escritores. Cotejar dos cosas diferentes entre sí aunque con algunas semejanzas, es el mejor medio de apresar los rasgos distintivos de cada una de ellas. Quizás el mejor modo de comprender la visión que tiene Javier de Viana del hombre rural de nuestro país, es cotejar esa visión con la que, en sus obras, ofrece Eduardo Acevedo Díaz.

Este, desde las páginas de su tetralogía histórico-épica — “Ismael”, “Nativa”, “Grito de Gloria”, “Lanza y sable” — dió la representación estética y novelesca del gaucho de la época de las luchas por la independencia patria. El gaucho que nos muestra Acevedo Díaz es, al decir del citado Alberto Zum Felde, el “*tipo gaucho en el periodo de*

su grandeza natural, en la genuinidad de sus atributos raciales, en la integridad de sus caracteres históricos”. Este gaucho, que encuentra su encarnación estética ejemplar en la figura de Ismael, era una espléndida criatura en la que luminosamente se fundían la grandeza heroica y la barbarie. El amor al “pago” y a la propia libertad, un exceso de energías, dispuestas siempre a desbordarse y que son casi una fuerza telúrica concentrada en un ser humano, fueron las virtudes que Acevedo Díaz reclama como inalienables de la criatura histórica que él plasmó en sus obras novelescas. Aunque no le niega a esa criatura rasgos negativos: la soberbia, la taimonia, el receloso hábito del disimulo, hace sentir, a través de su ciclo histórico-épico, que aquellas virtudes sobrepujan a estos elementos negativos al volcarse íntegramente en las luchas de “la gesta emancipadora”. Las criaturas novelescas de Acevedo Díaz surgen, por eso, resplandecientes en su barbarie. Así lo ha hecho notar Roberto Ibáñez en las páginas que prologan el “Ismael” editado por la Biblioteca “Artigas” de Clásicos uruguayos. Pues bien: Viana ve nuestra campaña en un momento (fines del siglo pasado y principios del presente), en que el progreso y la civilización penetran al interior del país, operando una profunda transformación en nuestra campaña. Diversas causas concurren a esta transformación. No es posible analizarlas aquí. Pero lo cierto es que se crea un nuevo tipo de sociabilidad. El gaucho épico va desapareciendo, y un nuevo tipo de hombre aparece en nuestra campaña. Esta transformación es agudamente observada por Javier de Viana, que hace protagonista de sus libros a este nuevo hombre rural determinado por las nuevas formas de sociabilidad creadas. Este nuevo hombre es, no obstante, descendiente directo del gaucho épico de “la gesta de la independencia”, y conserva,

aunque transformados, los hábitos, las virtudes y los vicios de su antecesor. Los conserva, ¿pero cómo? En general, Viana muestra al nuevo hombre rural (aunque existen naturalmente excepciones) como una forma degradada del gaucho de la época de la independencia. Las viejas virtudes subsisten, pero suelen presentarse con un signo negativo. Hasta el coraje mismo, atributo esencial de la raza, quedará muchas veces rebajado al nivel de una mera forma pérfida de la crueldad y la soberbia. Así, por ejemplo, "el rubio Lorenzo", el matrero valiente pero cínico y feroz de "Gaucha", no es más que el descendiente degenerado de Ismael, el gaucho primitivo pero heroico creado por Eduardo Acevedo Díaz. En el mundo narrativo de Javier de Viana no se da, pues, el ámbito heroico en que se mueve el de Acevedo Díaz. Pero lo que pierde en "élan" épico lo gana en variedad. Al convertirse en el narrador de un momento histórico en que la vida de nuestra campaña se transforma, tiene la oportunidad de estudiar y transmitir a las páginas de sus libros toda esa proliferación de tipos psicológicos variadísimos que toda transformación social produce. Todos estos tipos psicológicos nutren las páginas de los libros de Javier de Viana. Tanto las del Viana moroso y analítico de las primeras obras ("Campo", "Gaucha", etc.) como las del Viana graficista y sintético de los cuentos breves. Su obra toda se ubica dentro de este cuadro general. No obstante, entre las obras de uno y otro grupo hay notables diferencias.

Esas diferencias nacen de un cambio de actitud del escritor ante la materia narrativa, siempre la misma, que maneja. Lo cual produce, naturalmente, una distinta visión de la realidad narrada. En sus obras mayores Viana carga el acento sobre el aspecto dramático de sus criaturas de arte. Las mira no sólo con ojos de artista sino también

con ojos de sociólogo. Su mirada ve profundamente y con objetividad transmite lo que ve. La visión resultante es casi despiadada. Sus cuadros se tiñen de crueldad, apenas atenuada, en algunos casos, por un recóndito sentimiento de nobleza que pervive en lo hondo del alma de sus personajes. Cuentos como "Teru-tero", "Persecución" o "Los amores de Bentos Sagrera", los tres de "Campo", lo atestiguan. En su conjunto el cuadro que traza Viana de la vida de nuestra campaña, a través de los libros iniciales, es veraz pero duramente pesimista. En cambio en sus cuentos breves Viana va a matizar la dureza realista de su visión mediante el hábil empleo de un nuevo elemento literario casi inexistente en los cuentos largos: el humorismo. Toques de humorismo tendrán hasta los cuentos en que se plantea una situación de por sí intensamente dramática. Este humorismo de Viana pulimenta las aristas ásperas y afiladas de la realidad que trata. El cuadro veraz pero desolador, profundo pero pesimista, que ofreció Viana en sus primeras obras, va a mostrarse ahora, siendo el mismo, bajo una nueva luz: no desaparecerá, es cierto, el crudo realismo empleado por Viana para transcribir literariamente al hombre de nuestra campaña, pero sí se atenuarán su dureza y su pesimismo. Es como si una nueva sabiduría, decantada por la vida misma, hubiera nacido en Viana, y haciéndole acatar la fatalidad histórica, le permitiera comprender lo que en ese mundo en descomposición había de pintoresco y de poético. Mundo que le ofrece una cantera de inagotable material con que nutrir sus dotes excepcionales de narrador nato, que sabe contar con coraje, directamente y sin rodeos, lo que quiere y como quiere. Se dedica entonces Viana a recrear ese mundo caliente de vida y pululante de personajes pintorescos que ve a su alrededor. Y lo hace sin renunciar a su

viejo y arisco afán de veracidad, con el mismo sentido realista de sus otros cuentos, pero con una omnicompreensiva simpatía, ahora.

Los cuentos breves — de apenas cuatro o cinco páginas — de Javier de Viana suman varios centenares. El estudio detenido de ellos que sin duda se hará algún día, debe comprender la elaboración de una “galería” de los “tipos” que Viana crea en estos cuentos y un análisis de la temática que maneja. No es posible, dentro del plan de estas breves anotaciones, ni siquiera esbozar un esquema para tal estudio. La riqueza de ese material imposibilita reducirlo a líneas esquemáticas. Procuraré, sin embargo, mediante dos o tres ejemplos, ilustrar acerca de los tipos humanos que viven en ese orbe narrativo.

Recordemos, en primer término, a aquel Próspero Mendieta, del cuento “Pa ser, hay que ser”, *“que llevaba ya muy cargada la maleta de los años”*. Próspero Mendieta es el prototipo del paisano haragán, dotado de una *“aversión natural al trabajo”*, y que sin trabajar ha vivido toda su vida, arreglándose a punta de ingenio. Goza, además, fama de gauchito bravo, peleador sin asco, de esos *“que ande quiera bolean la pierna y la corren con el que enfrenen, porque no tienen el cuero para negocio, ni el puñal para cortar tientos”*. Viana presenta a Próspero en el momento en que, como se acerca el invierno, necesita resolver *“en qué estancia confortable encontraría asilo apacible su pereza innata”*. El problema es difícil: la mayor parte de los establecimientos comarcanos *“ya no ofrecían a los gauchos vagabundos la tradicional hospitalidad de antaño”*. Próspero Mendieta se decide por fin por la estancia de Joao Maneco Leivas de Figueredo, *“un viejo brasileño famoso en todo el pago por su egoísmo y tacañería sin ejemplo”*. ¿Pero cómo lograr que le dé asilo? Próspero urde un plan: hace

creer que el “mellao Fagúndez”, un ferroz bandolero, está por asaltar la estancia. Y don Joao Maneco, seducido por la fama de bravo de Próspero, lo retiene para que lo defienda. Al principio todo marcha bien: buena comida, buen tabaco, inmejorable alojamiento le dan a Próspero Mendieta. Este vive como un príncipe, meditando: *“Cüen juego... si no se apaga”*. Pero los peones de la estancia descubren el engaño, y una noche fingen que efectivamente el bandolero asalta la estancia. Cuando Próspero Mendieta quiere huir, lo apresan y *“sangrando y desfallecido”*, se lo llevan maniatado a don Joao Maneco. *“Tan pronto como tuvo fuerzas para montar a caballo”* — escribe Viana concluyendo el cuento — *“Próspero, despojado de sus armas y de sus püchas, y lo que es más, de su prestigio de gaupo, partió de la estancia y nunca más se tuvieron noticias suyas en el pago. Cuentan que se fué muy lejos, muy lejos, y que murió en un rancho miserable, pronunciando entre dos boqueadas, estas palabras enigmáticas: —Pa ser, hay que ser”*. En otro cuento, “Puesta de sol”, presenta Viana a dos viejos, Sinforoso y Candelario. *“Debían ser zonzos los dos”* — los define Viana — *“porque ya empezaban a envejecer, en una vejez que atesoraba trabajos sin cuento, y seguían tan pobres como cuando, jóvenes ambos, entraron al establecimiento para recoger las tropillas en las mañanas, encerrar en las tardes los terneros de lecheras y hacer mandados a toda hora”*. Sinforoso y Candelario vivieron unidos toda su vida: *“... como sus existencias habían bostezado juntas, pegada una a la otra, se conocían de la cruz a la cola, y no tenían nada que decirse”*. Pero *“todas las tardes, concluido el trabajo de aradores al que finalmente los habían destinado, se iban al galpón, avivaban el fuego, calentaban agua, verdecaban y charlaban”*. Charlaban y charlaban, en una monocorde comunicación

de trivialidades, que permitían que ambas soledades, la de Sinforoso y la de Candelario, se arrimaran una a la otra, suavemente, sin estorbarse. Y en esta mansa destilación de su intimidad, que da compañía sin quitar soledad, van transcurriendo los últimos días de estas dos vidas paralelas, cuya única ejemplaridad deja entrever Viana que ha sido la tímida mansedumbre ante el propio destino. No es posible seguir sintetizando otros cuentos, pero agregaré que aparecen en ellos todo un mundo pintoresco, abigarrado y veraz; el viejo noble de rústica pero profunda sabiduría; el gauchito compadre, "*con triple fama de bravo, de diestro y de buen mozo*"; la "china" bonita y que-rendona; la "china" mala como víbora; los matreros, los comisarios despóticos, el paisanito trabajador y hábil para todo, y muchos más. El mundo entero de nuestra campaña de fines del siglo pasado y principios del presente, con sus hábitos de vida, sus usos, sus costumbres, sus formas de trabajo, es lo que muestra Javier de Viana en estos centenares de cuentos breves. Y no son sólo hombres y mujeres los que viven en ellos: Viana los muestra en su marco natural, rodeados por los elementos característicos de la naturaleza de nuestros campos: Las suaves ondulaciones de las cuchillas, los ríos, los arroyos y cañadas, las abras, los esteros, los montes, la flora y la fauna toda del país, son descriptos por Viana

con una limpia objetividad, que no los poetiza falsa e idílicamente, pero que permite que la sola verdad de su descripción emane la poesía que esa naturaleza en sí misma tiene.

Las rápidas observaciones apuntadas, que se refieren al contenido de estos cuentos, no quedarían completas sin algunas anotaciones relacionadas con la forma utilizada por Viana para rendir literariamente ese contenido. Lo más característico al respecto es su formidable capacidad de síntesis, que le permite en un par de líneas definir enteramente a un personaje y dibujar una situación a través de un diálogo breve, vivo, directo y veraz. El dime con quién andas y te diré quién eres puede ser ampliado afirmando que para saber quién eres debo fijarme en cómo hablas. A través de sus palabras sabemos quiénes y cómo son los personajes de estos cuentos cortos de Viana. Esa capacidad de síntesis le permite también a Viana dar lo esencial de un paisaje en muy pocas líneas y plantear, desarrollar y resolver un conflicto narrativo en el brevísimo espacio de las cuatro o cinco páginas de sus cuentos breves. De estos cuentos que, aunque, como he dicho antes, variarían en sus calidades literarias, admitirían que de ellos se hiciera una antología, la cual, al mostrarlos en conjunto, los revalorizaría, destacando los perfiles de un cuentista de excepción.

El seguro de hurtos para su casa-habitación lo puede obtener mediante una prima moderada, al alcance de cualquier presupuesto familiar, por modesto que sea.

BANCO DE SEGUROS DEL ESTADO